Artículos
ABC 20 mayo 52

(57)

55

SE ADMITEN ESPAÑOLES

LLEVABA algún tiempo, sumiso, en silencio, mientras el conserje del hotel tomaba con su lápiz unas notas. Un enjambre de llaves esperaba, a mi igual, el momento de su distribución en el clavijero. Aun no me había mirado. Tanto para su astigmatismo como para su indiferencia, se servía de unos lentes de esos que tanto ayudan al desdén y se le adivinaba no sólo parco en palabras, sino, inclusive, en esos gestos con que todos los interlocutores civilizados, salvo los ingleses, acostumbran a acompañar su modulación.

Si yo estaba forzado a pasar la noche bajo el techo de aquel Palace provinciano es porque todavía los motores de explosión no han hecho pacto con la infalibilidad, y porque uno de sus elementos vitales había dimitido irrevocablemente, como ya no se dimite hoy día, salvo en el mundo de la materia.

Aterrado ante la idea de que se me cerrasen las puertas de aquel albergue, las del único rincón decoroso de la ciudad para uso de sus viajeros y fuera del cual se cae en barreno en la edad media, yo tascaba el freno de mis nervios y me disponía a esperar unos minutos más, hasta que el conserje se dignara levantar acta de mi presencia, cuando mi amigo Angel Rojo, empujado por la puerta giratoria, apareció en el vestíbulo y vino hacia mí. Siempre le caracterizaron su abundosidad y su arrolladora simpatía; por eso no me sorprendió el verme envuelto, a la vez, por las haldas de su abrigo y por sus cordiales brazos de batán que me golpeaban, efusivamente, la espalda. Lo que sí me sorprendió es oírle hablar en inglés, y hubo un momento en el que creí que me hacía objeto de una broma de las suyas, por lo cual, dispuesto a seguirle, exhumé mi enmohecido vocabulario británico y le contesté parejamente:

—Hello!—gritaba él—Hello...! I haven't seen you for a long time...!

—Hello!—replicaba yo—You're looking grand...!

Pero noté que, con su abrazo, me imponía un movimiento de traslación y que, de una manera muy expresiva, aunque disimulada, a través del laberinto de las maletas del vestíbulo, me empujaba lejos de la férula del conserje, como si me quisiera confiar algo reservadamente. Yo me dejé conducir por él, y cuando ya estábamos a prudencial distancia suya, me invitó a sentar en el sofá del ángulo y me preguntó con cierta angustia:

—¿Quieres habitación, verdad?

—Sí...

—¿Has hablado con el conserje?

—No, todavía no.

—Gracias a Dios. He llegado a tiempo.

—Pero, ¿qué pasa?

Le vi, entonces, separarse de mí y aproximarse al conserje. Siempre creí que de mi amigo Angel Rojo dimanaba un flúido de autoridad y de simpatía, pero al percatarme de cómo era recibido, reforcé mi antigua convicción.

—Bon jour, monsieur Rouge—le saludó el conserje—ça va bien?

—Mais oui, mais oui—repuso Angel Rojo. Y a continuación, bajando la voz, con un aire confidencial, debió decirle algo relacionado conmigo, por cuanto que el conserje, al fin, acabó también por elevar los lentes sobre sus cejas y examinarme benévolamente. Atusé mi corbata, al sentirme observado, me descalcé los guantes con la misma impertinente elegancia que lo hacía, en sus noches de gloria, don Fernando Díaz de Mendoza, y, en la esperanza de haber sido aprobado, aguardé a que Angel Rojo volviera hacia y mí y fingí una pequeña sorpresa al oírle interpelarme, aunque por el reflejo de los cristales próximos le hubiera visto acercarse.

—Eres un suertudo—refunfuñó entre dientes—. Todo se arregló. Tienes una habitación. Pero, por Dios, no olvides quién eres: Monsieur Chauve, industrial lionés, en tránsito para Casablanca.

—Ah, no—repliqué sonrojado—; eso sí que no.

—Bien, como gustes—concluyó Angel Rojo—. En ese caso... (Y me mostró la puerta).

—Pero es que...

—No hay sino conformarse, mi querido amigo. Llevo una semana de huésped aquí, donde tú proyectas pernoctar hoy. Buenas gentes cualesquiera, descarados señoritos, linajudos aristócratas, han pasado delante del conserje requiriéndole, en vano, para que les diera habitaciones; no lo lograron. Es irritante, pero comprensible. Nuestros compatriotas, analizan las facturas, comprueban sus sumandos, preguntan el porqué de cada cifra y de cada concepto. Y, sobre todo, protestan. Es natural. Resulta desagradable quedarse sin una habitación en que dormir, pero si hay que pagar por ella doscientas pesetas cada noche, tampoco se podrá conciliar el sueño, lo cual, al fin y a la postre, será lo mismo. El conserje defiende su hotel y prefiere que le sonrían a que le enseñen los dientes. Los turistas extranjeros encuentran nuestros precios regalados. No, claro está, como muchos de nuestros amigos suponen, porque aquí la vida esté más barata para el español que en Francia, verbigracia, para el francés, sino porque nuestro dinero vale menos que el suyo y lo compran en buenas condiciones, pero el caso es que un empleado de Banco de Bayona puede permitirse el lujo de veranear quince días como un príncipe en San Sebastián, mientras que un terrateniente de Jaén necesita ahorrar seis meses si quiere divertirse dos semanas en Biarritz. Por otra parte, ya sabes que el turista nos tiene ahora en éxtasis. En Barcelona, a fin de no herir la delicada sensibilidad de unos recién desembarcados, suprimimos hace poco la suerte de picas en no sé qué corrida; en Valladolid hemos sacado a la alegría teológica del cielo del Sábado de Gloria los pasos tétricos del Viernes Santo, por haber llovido la tarde de éste y a fin de que ninguna Leica foánea se marchara de vacío; nuestros interrogadores profesionales babean de júbilo cuando cualquier currinche de allende los Pirineos exuda banales cumplidos sobre nuestro sol o nuestros Museos, que más no suelen concedernos; porque catorce robaperas del Midi habían anunciado su salida de Toulouse, se puso en la calle, antes de ayer, a dos matrimonios de Yecla, de bastante buen ver, a dos ingenieros geógrafos y a unos industriales tortosinos. Precisa, pues, mi querido amigo, aceptar las cosas como son y no con la mentalidad del Dos de Mayo. ¿Deseas de verdad esperar honorablemente a que reparen tu coche? Pues, déjate de preocupaciones y sube al 504, que acaban de reservarte. O si no...

Hablamos ya, por precaución, fuera del vestíbulo. La puerta giratoria expelía, en ese momento, a cierto bien portado sujeto que barbotaba duras interjecciones con la más inconfundible prosodia ~~riojana~~. No había habitación para él. Navarra

—¿Te interesa verte tratado de la misma manera?—me preguntó Angel Rojo, con ~~un trémolo de Kempis.~~

—No, no...—repuse yo, intimidado—. Pobre señor, hay que ver...

Y mientras, vencido, me entregaba en las manos de mi consejero, aún atiné a ver cómo un arrapiezo, con ese aire cómplice con el que se dan en los puertos sugestivas informaciones al viajero, sobre el amor, o la cocaína o la bolsa negra se aproximaba a aquel fracasado aspirante a huésped del Palace provinciano y le decía, silbante:

—Venga usted. Yo sé de un hotel en el que se admiten españoles...

Joaquín CALVO-SOTELO